

Ángel Esteban

# EL ESCRITOR EN SU PARAÍSO

Treinta grandes autores que fueron bibliotecarios  
Prólogo de Mario Vargas Llosa

PERIFÉRICA



PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2014  
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez  
MAQUETACIÓN: Natalia Moreno

PRÓLOGO DE MA

© Ángel Esteban, 2014  
© del prólogo, Mario Vargas Llosa, 2014  
© de esta edición, Editorial Periférica, 2014  
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001  
info@editorialperiferica.com  
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-92865-92-5  
DEPÓSITO LEGAL: CC-138-2014  
IMPRESIÓN: Kadmos  
IMPRESO EN ESPAÑA — PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

ÍNDICE

*Prólogo de Mario Vargas Llosa, 7*

Reinaldo Arenas (Cuba, 1943-1990):  
de La Habana a Princeton, 21

Benito Arias Montano (España, 1527-1598):  
entre Flandes y la Biblioteca de El Escorial, 33

Georges Bataille (Francia, 1897-1962):  
el bibliotecario perverso, 47

Jorge Luis Borges (Argentina, 1899-1986):  
el escritor en su laberinto infinito, 59

Robert Burton (Inglaterra, 1577-1640):  
el saber enciclopédico y melancólico, 69

Lewis Carroll (Inglaterra, 1832-1898):  
el bibliotecario al otro lado del espejo, 81

Giacomo Casanova (Italia, 1725-1798):  
el seductor seducido por la palabra, 93

Rubén Darío (Nicaragua, 1867-1916):  
el culto a los libros, 105

Leandro Fernández de Moratín (España, 1760-1828):  
de la escena a la biblioteca, 115

- Gloria Fuertes (España, 1917-1998):  
sus jefes, los libros, 127
- Bartolomé José Gallardo (España, 1776-1852):  
el príncipe de los bibliófilos españoles, 137
- Johann Wolfgang von Goethe (Alemania, 1749-1832):  
en su biblioteca de Weimar, 149
- Jacob Grimm (Alemania, 1785-1863)  
y Wilhelm Grimm (Alemania, 1786-1859):  
investigaciones en las bibliotecas alemanas, 159
- Paul Groussac (Argentina, 1848-1929):  
casi medio siglo en la Biblioteca Nacional, 169
- Martín Luis Guzmán (México, 1887-1976):  
bibliotecario, revolucionario, hombre de letras, 181
- Juan Eugenio Hartzenbusch (España, 1806-1880):  
el espíritu del Romanticismo, 191
- Johann Christian Friedrich Hölderlin  
(Alemania, 1770-1843): el bibliotecario loco, 203
- Stephen King (Estados Unidos, 1947):  
algo más que libros en la biblioteca, 215
- Marcelino Menéndez Pelayo (España, 1856-1912):  
una biblioteca andante, 227
- Robert Musil (Austria 1880-1942):  
el bibliotecario sin atributos, 241

- Juan Carlos  
los
- Eugenio  
bibli
- Ricardo  
el bibli
- Georges F  
el biblioteca
- Charles Per  
un biblio
- Marcel Pro  
¿biblio
- Aleksandr Solz  
un biblio
- August Strin  
el Bib
- José Vascon  
de la bil
- Y alteranc  
para que el libro*
- Mario Varg  
el bibliotecario y las múl
- Bib*

(España, 1917-1998):  
los libros, 127

ardo (España, 1776-1852):  
bibliófilos españoles, 137

Goethe (Alemania, 1749-1832):  
teca de Weimar, 149

Alemania, 1785-1863)  
(Alemania, 1786-1859):  
as bibliotecas alemanas, 159

Argentina, 1848-1929):  
la Biblioteca Nacional, 169

mán (México, 1887-1976):  
ionario, hombre de letras, 181

mbusch (España, 1806-1880):  
Romanticismo, 191

ian Friedrich Hölderlin  
3): el bibliotecario loco, 203

Estados Unidos, 1947):  
ros en la biblioteca, 215

Pelayo (España, 1856-1912):  
teca andante, 227

(Austria 1880-1942):  
rio sin atributos, 241

Juan Carlos Onetti (Uruguay, 1909-1994):  
los libros y la vida, 253

Eugenio d'Ors (España, 1882-1954):  
bibliotecas populares, 265

Ricardo Palma (Perú, 1833-1919):  
el *bibliotecario mendigo*, 275

Georges Perec (Francia, 1936-1982):  
el bibliotecario más raro del mundo, 285

Charles Perrault (Francia, 1628-1703):  
un bibliotecario en el Louvre, 299

Marcel Proust (Francia, 1871-1922):  
¿bibliotecario o dandy?, 311

Aleksandr Solzhenitsyn (Rusia, 1918-2008):  
un bibliotecario entre rejas, 321

August Strindberg (Suecia, 1849-1912):  
el Bibliotecario Real, 335

José Vasconcelos (México, 1882-1959):  
de la biblioteca al cielo, 347

*Y alterando el orden alfabético,  
para que el libro acabe con quien comenzó:*  
Mario Vargas Llosa (Perú, 1936):  
el bibliotecario y las múltiples relaciones matrimoniales, 357

*Bibliografía, 371*

Siempre he dicho que lo más importante que me ha pasado en la vida ha sido aprender a leer, y creo que no hay ni una pizca de exageración en esa frase. Recuerdo cómo a los cinco años mi mundo de pronto se enriqueció de una manera extraordinaria y cómo gracias a la lectura empecé a vivir, no solo a leer, experiencias extraordinarias, viajes en el espacio, viajes en el tiempo: unos destinos que estaban fuera del alcance de la experiencia real, pero que la literatura volvía reales por el hechizo que me producía la lectura. En esa época no sé si otros niños de mi generación leían cómics. Yo no. Mi primer esbozo del mundo de la ficción fueron historias escritas con palabras, que me exigían el esfuerzo intelectual de trasladar esas frases a un mundo de imágenes. Es decir, sin saberlo, eran ya lecturas literarias.

Recuerdo que las revistas infantiles que entonces circulaban por América del Sur eran las de novelas por entregas. Había sobre todo dos que

yo esperaba con impaciencia cada semana: una chilena, *El Peneca*, de la que años después descubrí que su directora era quien escribía todas las historias de aventuras que aparecían allí, y *Billiken*, una revista argentina, más variada y mejor presentada, que tenía por ejemplo cosas de deportes, pero también muchas historias para leer. Y también las historias de Salgari. Y las de Karl May, un escritor alemán que escribía novelas del Oeste sin haber salido nunca de Berlín. Sí, fui un lector voraz, que en las navidades, cuando había que escribirle cartas al niño Dios, siempre le pedía libros. La lectura no solo fue un hecho fundamental en mi niñez, sino que contribuyó a que esos primeros años, que pasé en Bolivia, fuesen mi edad dorada, la edad de la absoluta felicidad. No tuve ni un desengaño ni una frustración. Casi fui ese niño de caricatura que es el niño absolutamente feliz.

Más tarde, el volver al Perú y conocer a mi padre fue cambiar de vida completamente. La imagen idílica que tenía de la existencia se acabó. Con mi padre descubrí, por ejemplo, la soledad, pues hasta entonces había vivido con una familia casi bíblica por numerosa. En Lima, no; vivíamos aislados, con una persona que ejercía una autoridad muy fuerte que yo rechazaba y con la que muy pronto también descubrí el miedo. Creo

que antes nunca lo había conocido: un miedo-pánico que me reñía o leía con una ferocidad que él, a diferencia de mi padre, no me daba gracia que yo escribiera historias que me espantaba. Asociaba el miedo con la idea de que si alguien se iba a morir estaba condenado a fracasar.

Mi padre, además de ser un lector voraz, me enseñó a pensar pensando que al leer se podía encontrar la felicidad literaria, y el tema de mi primera novela, *El León de Leoncio Prado*, leí mucho de encierro. Como padre me prohibían y nos quedábamos en casa los días de sábado y domingo, eso era la calle eran para mí de lectura. Recuerdo haber leído la serie de Dumas de *Mosqueteros*, *Veinticuatro horas de Bragelonne*. O *Los tres mosqueteros*. Es una de las primeras novelas que me grabadas en la mente las aventuras de Jean Valjean.

En el Leoncio Prado me enseñó a escribir. Aquello que para mí era el mundo militar, la literatura

impaciencia cada semana: una  
de la que años después descu-  
era era quien escribía todas las  
as que aparecían allí, y *Billi-*  
Argentina, más variada y mejor  
ría por ejemplo cosas de de-  
muchas historias para leer.  
de Salgari. Y las de Karl  
mán que escribía novelas del  
do nunca de Berlín. Sí, fui un  
en las navidades, cuando había  
as al niño Dios, siempre le pe-  
tura no solo fue un hecho fun-  
ñez, sino que contribuyó a que  
as, que pasé en Bolivia, fuesen  
a edad de la absoluta felicidad.  
engaño ni una frustración. Ca-  
caricatura que es el niño abso-

que antes nunca lo había tenido, pero ante mi pa-  
dre sí: un miedo-pánico que me paralizaba cada  
vez que me reñía o levantaba la voz porque lo ha-  
cía con una ferocidad que me llenaba de terror. A  
él, a diferencia de mi familia materna, no le hacía  
gracia que yo escribiera versitos. Al contrario, lo  
espantaba. Asociaba la literatura a la bohemia y  
creía que si alguien se dedicaba a la literatura es-  
taba condenado a fracasar.

Mi padre, además, me metió a un colegio mili-  
tar pensando que allí iban a erradicar toda mi ve-  
leidad literaria, y el pobre, sin saberlo, me dio el  
tema de mi primera novela. En el colegio militar  
Leoncio Prado leí muchísimo, sobre todo los días  
de encierro. Como por cualquier falta nos casti-  
gaban y nos quedábamos encerrados a veces sá-  
bado y domingo, esos fines de semana sin salir a  
la calle eran para mí días totalmente entregados a la  
lectura. Recuerdo haber leído, por ejemplo, toda  
la serie de Dumas de los mosqueteros: *Los tres  
mosqueteros*, *Veinte años después* y *El vizconde  
de Bragelonne*. O *Los miserables*, de Victor Hugo.  
Es una de las primeras lecturas que se me queda-  
ron grabadas en la memoria, maravillado por las  
aventuras de Jean Valjean, Marius y Cosette.

En el Leoncio Prado también empecé a escri-  
bir. Aquello que parecía imposible en un mun-  
do militar, la literatura, fue sin embargo posible

y de una manera inesperada. Empecé a escribir cartas de amor para mis compañeros, que además me pagaban por escribirlas, generalmente en cigarrillos. Era muy divertido, porque para contestar las cartas que recibían de sus enamoradas, yo antes tenía que leerlas, y así me enteraba, entonces, de sus intimidades. Más tarde, en la época de la universidad, comencé a leer muchísimo, síntoma, creo, de una vocación literaria. Leí a Camus y Sartre, por ejemplo, para quienes escribir era actuar. Para ellos, las palabras eran hechos y estaban convencidos de que a través de la literatura uno podía influir en la historia. También descubrí a los grandes norteamericanos: Faulkner, Hemingway, Scott Fitzgerald, Dos Passos, pero sobre todo Faulkner, otro de los autores a los que leí con verdadero deslumbramiento. Fue el primer autor al que leí con lápiz y papel, tratando de desentrañar las estructuras temporales de sus historias, cómo hacía saltar la historia al pasado para luego volver al presente, cómo constituía esos laberintos temporales en los cuales uno no se perdía al final; al contrario, de toda esa oscuridad salía una luz extraordinaria que te revelaba toda la complejidad que había detrás de la anécdota.

En esos años en San Marcos entré también en círculos marxistas y leí a fondo cierta literatura prohibida. Eran libros que no se enseñaban en

la universidad ni se  
no bajo cuerda, y qu  
con la sensación de  
sa. Esa época cambi  
do que cuento en *L*  
ve que buscar vario  
hacer de bibliotecari  
rú. El Club Naciona  
portante, es el club  
entonces representa  
ca, la alta sociedad.  
historiador para el c  
parte de la directiva  
tal, podía contratar  
en esa época en la q  
ba varios empleos p  
siete. Como asisten  
mis obligaciones co  
que se iban compra  
dinero o por neglig  
bros, y entonces yo  
estar allí para leer y  
te agradecido al Cl  
descubrí, en un cuar  
da detrás de un dis  
de libros eróticos fr  
por ejemplo, los ve  
*maîtres de l'amour*,

esperada. Empecé a escribir  
mis compañeros, que además  
escribirlas, generalmente en ci-  
divertido, porque para contes-  
scribían de sus enamoradas, yo  
erías, y así me enteraba, enton-  
dades. Más tarde, en la época de  
comencé a leer muchísimo, sínto-  
vocación literaria. Leí a Camus  
mplo, para quienes escribir era  
las palabras eran hechos y es-  
de que a través de la literatura  
en la historia. También descu-  
norteamericanos: Faulkner, He-  
Fitzgerald, Dos Passos, pero so-  
otro de los autores a los que  
deslumbramiento. Fue el pri-  
leí con lápiz y papel, tratando de  
estructuras temporales de sus his-  
la saltar la historia al pasado para  
resente, cómo constituía esos la-  
ales en los cuales uno no se per-  
trario, de toda esa oscuridad sa-  
ordinaria que te revelaba toda la  
había detrás de la anécdota.

en San Marcos entré también en  
as y leí a fondo cierta literatura  
libros que no se enseñaban en

la universidad ni se vendían en las librerías, si-  
no bajo cuerda, y que había que leer a escondidas  
con la sensación de vivir una aventura peligro-  
sa. Esa época cambió mi vida. Empezó el perio-  
do que cuento en *La tía Julia y el escribidor*. Tu-  
ve que buscar varios empleos, y uno de ellos era  
hacer de bibliotecario en el Club Nacional de Pe-  
rú. El Club Nacional es una institución muy im-  
portante, es el club social más antiguo, y para mí  
entonces representaba a la oligarquía, la gente ri-  
ca, la alta sociedad. Raúl Porras Barrenechea, el  
historiador para el que yo ya trabajaba, formaba  
parte de la directiva, era el bibliotecario, y como  
tal, podía contratar un asistente. Y me contrató  
en esa época en la que yo, recién casado, busca-  
ba varios empleos para sobrevivir. Llegué a tener  
siete. Como asistente del bibliotecario del Club,  
mis obligaciones consistían en registrar los libros  
que se iban comprando, pero fuese por falta de  
dinero o por negligencia, ya no se compraban li-  
bros, y entonces yo tenía las dos horas que debía  
estar allí para leer y escribir. Estoy enormemen-  
te agradecido al Club, porque en esas dos horas  
descubrí, en un cuartito del cuarto piso, escondi-  
da detrás de un discreto biombo, una colección  
de libros eróticos franceses maravillosa. Estaban,  
por ejemplo, los veinte o veintidós tomos de *Les  
maîtres de l'amour*, «Los maestros del amor», la

colección dirigida por Guillaume Apollinaire, muchos de los cuales habían sido prologados por él mismo. Era una literatura exquisita que los socios tenían allí, libros que claramente había comprado un bibliotecario con gran predilección por el erotismo de sesgo francés y con los fondos de la oligarquía peruana. De tal manera que a la oligarquía peruana yo le debo toda mi cultura y mi formación erótica.

Poco después, a fines de los años cincuenta, llegué a Madrid con una beca y me instalé a leer novelas en el salón de lecturas de esta Biblioteca Nacional, que era, a diferencia de lo que es ahora, un lugar donde uno se moría de frío. No había calefacción. Entonces, en invierno, había que leer con abrigo y a veces hasta con guantes, porque realmente uno desafiaba la pulmonía. Y recuerdo ese año y medio por todas las novelas de caballería que leí en esta biblioteca. La colección desde luego es soberbia. Yo había descubierto el género en Lima gracias al *Tirant lo Blanch*, que leí en la biblioteca de San Marcos; es una novela que me impresionó muchísimo, no solo como lector, sino como escritor. Y entonces empecé a leer novelas de caballería y casi todas las tardes de la semana iba a la biblioteca a leer una por una toda la colección de los amadisés, los esplandianes, hasta que encontré un libro — cosa extraña — de

caballería francés, e podía sacar sin un p

El Madrid del qu fines de los cincuent el Madrid moderno actualidad. Era un M simismado, muy ino rría en el resto del los cursos del docto recuerdo que en 19 del departamento d los volúmenes de la tega y Gasset, que y Era, pues, una ciuda ciana. Ahora, tenía t Uno podía seguir la Pérez Galdós, *Fortu* porque ese Madrid e

Madrid no solo e bitual, sino que allí e una tasca que ya des na de Menéndez y l Tenía las clases en la por la tarde podía d Y siempre pasaba un picamente madrileña bía un camarero bizo so porque se acercab

por Guillaume Apollinaire, que habían sido prologados por una literatura exquisita que los sostenía que claramente había comenzado con gran predilección por el francés y con los fondos de una. De tal manera que a la oli- me debo toda mi cultura y mi fines de los años cincuenta, una beca y me instalé a leer de lecturas de esta Biblioteca la diferencia de lo que es ahora uno se moría de frío. No ha- entonces, en invierno, había que veces hasta con guantes, por- desafiaba la pulmonía. Y re- medio por todas las novelas de esta biblioteca. La colección erbia. Yo había descubierto el gracias al *Tirant lo Blanch*, que de San Marcos; es una nove- nó muchísimo, no solo como critor. Y entonces empecé a llería y casi todas las tardes de biblioteca a leer una por una to- os amadises, los esplandianes, un libro — cosa extraña — de

caballería francés, el *Lancelot du Lac*, que no se podía sacar sin un permiso eclesiástico.

El Madrid del que estamos hablando es el de fines de los cincuenta, no tiene nada que ver con el Madrid moderno, cosmopolita, enorme de la actualidad. Era un Madrid muy cerrado, muy ensimismado, muy incomunicado con lo que ocurría en el resto del mundo. Yo estaba haciendo los cursos del doctorado en la Complutense, y recuerdo que en 1958 retiraron de la biblioteca del departamento de Filología Hispánica todos los volúmenes de la *Revista de Occidente*, de Ortega y Gasset, que yo ya había empezado a leer. Era, pues, una ciudad pequeña y muy provinciana. Ahora, tenía también un enorme encanto. Uno podía seguir la trayectoria de las novelas de Pérez Galdós, *Fortunata y Jacinta*, por ejemplo, porque ese Madrid estaba todavía allí.

Madrid no solo es hoy mi residencia más habitual, sino que allí escribí mi primera novela, en una tasca que ya desapareció, El Jute, en la esquina de Menéndez y Pelayo y el Doctor Castelo. Tenía las clases en la universidad en la mañana y por la tarde podía dedicarme a leer y a escribir. Y siempre pasaba unas horas allí, en esa tasca típicamente madrileña, muy simpática, donde había un camarero bizco que me ponía muy nervioso porque se acercaba a leer por sobre mi hombro

lo que estaba escribiendo. La primera versión de *La ciudad y los perros* la escribí allí. Por lo demás, buena parte de mi obra la he escrito en bibliotecas o en cafés. Trabajar en bibliotecas, leer y escribir en ellas, era algo que ya hacía desde Lima. Tanto cuando era estudiante universitario, en la biblioteca de San Marcos, que era muy bonita, una vieja biblioteca llena de telarañas y con cierto aire un poco colonial todavía, como después en la Biblioteca Nacional, que era la mejor biblioteca que había entonces en el Perú.

Posteriormente he trabajado mucho en esta biblioteca y también en la Nacional de Francia, que estaba en la Plaza de la Bolsa. Pero quizá la que más me emociona y me produce mayor nostalgia es la British Library, no la actual, sino la antigua biblioteca de Londres, la que funcionaba dentro del Museo Británico, en esa sala gigantesca con esa cúpula maravillosa. Creo que allí sí, todos los años que viví en Inglaterra, pasé varios días a la semana trabajando por las tardes. Era un placer enorme, no solo por su riquísima colección, sino porque en esa sala, alrededor de las mesas de lectura, había unos asientos muy confortables donde podías sentarte a leer en una atmósfera cálida, estimulante y con la impresión de estar rodeado por los ojos de sabios, poetas, pensadores y creadores inmensos. Muy cerca de

donde yo me sentaba donde iba a trabajar, yo escribí casi todo. Por eso sentí como si la vieja British Library me hubiera acompañado y se fuera a esconderse ahora. En todas esas fichas de lo que yo anotaba esas anotaciones es el mismo sacaba mi libro porque yo siempre llevaba velas, ensayos y artículos, cuando voy a escribir con la pluma y la libreta. Me gusta el papel. Así comencé, y todo en mi mano es el ritmo cuando tengo un buen denominador lo que hago gusta que salga de la mano de una biblioteca con las conversaciones.

Cuando pienso en los que han deparado las bibliotecas bajado en todas ellas miles de millares de libros, el conocimiento de siglos, pienso con

La primera versión de  
la escribí allí. Por lo demás,  
la he escrito en bibliotecas  
en bibliotecas, leer y escribir  
que ya hacía desde Lima. Tanto  
universitario, en la biblio-  
que era muy bonita, una vie-  
de telarañas y con cierto aire  
de todavía, como después en la Bi-  
que era la mejor biblioteca que  
del Perú.

he trabajado mucho en esta  
en la Nacional de Francia,  
Plaza de la Bolsa. Pero quizá  
aciona y me produce mayor  
ish Library, no la actual, sino  
ca de Londres, la que funcio-  
Museo Británico, en esa sala gi-  
rípula maravillosa. Creo que  
ños que viví en Inglaterra, pa-  
semana trabajando por las tar-  
enorme, no solo por su riquí-  
o porque en esa sala, alrededor  
ura, había unos asientos muy  
e podías sentarte a leer en una  
estimulante y con la impresión  
por los ojos de sabios, poetas,  
dores inmensos. Muy cerca de

donde yo me sentaba estaba el sillón con la pla-  
ca donde iba a trabajar Marx, que como se sa-  
be escribió casi todos sus ensayos filosóficos allí.  
Por eso sentí como la muerte de un familiar que  
la vieja British Library saliera del Museo Britá-  
nico y se fuera a ese horrible edificio donde está  
ahora. En todas estas bibliotecas siempre he he-  
cho fichas de lo que leía, y si de pronto una de  
esas anotaciones estimulaba mi imaginación, allí  
mismo sacaba mi libreta y me ponía a escribir,  
porque yo siempre he escrito a mano, todo, no-  
velas, ensayos y artículos periodísticos. Actual-  
mente, cuando voy a una biblioteca, sigo yendo  
con la pluma y la libreta. No con un ordenador,  
no. Me gusta el papel, la tinta, escribir a mano.  
Así comencé, y todavía hoy creo que el ritmo de  
mi mano es el ritmo de mi pensamiento. Ya luego,  
cuando tengo un borrador, yo mismo paso al or-  
denador lo que hago. Pero la primera versión me  
gusta que salga de la mano, de la tinta, en el silen-  
cio de una biblioteca o también en una cafetería,  
con las conversaciones de fondo.

Cuando pienso en el inmenso placer que me  
han deparado las bibliotecas y lo bien que he tra-  
bajado en todas ellas estimulado por esos milla-  
res de millares de libros en los que está deposita-  
do el conocimiento y la fantasía literaria de tantos  
siglos, pienso con tristeza que quizás la mía sea

la última generación que conozca una experiencia semejante si, como no es imposible ya pensar, las nuevas generaciones de escritores trabajarán rodeadas de pantallas en vez de estantes y la materia de los libros no será el papel sino el cristal líquido de las computadoras.

Mario Vargas Llosa

EL ESCRI